

El espacio bibliotecario del saber. De Foucault a Borges

The Librarian Space of Knowledge. From Foucault to Borges

Hans Frex Aguirre
Facultad de Artes, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
hansfrex@gmail.com

Resumen

En *Las palabras y las cosas*, Foucault señala que la función principal de la heterotopía consiste en impedir la referencia de las palabras a las cosas. Se hace patente entonces una suerte de contradicción en la inclusión de la biblioteca dentro de las heterotopías en “Espacios diferentes”, pues no existe un lugar mejor que la biblioteca para investigar y producir conocimiento. En este artículo analizamos “La biblioteca de Babel” de Borges desde el concepto de heterotopía, para resolver la relación exacta entre biblioteca, espacio y conocimiento, así como su relación con el concepto de archivo de Foucault. Por último, volvemos sobre “El lenguaje al infinito” del mismo Foucault, en que ofrece un comentario de “La biblioteca de Babel” que expone una heterotopía efectiva, formada por una *mise in abyme* del lenguaje.

Palabras clave: Foucault, Borges, biblioteca, heterotopía.

Abstract

In *The Order of Things*, Foucault shows that the main function of heterotopia is to impede the reference of words to things. A contradiction is evident in the inclusion of the library in the heterotopia in “Other Spaces”: there is no better place to investigate and produce knowledge than a library. We analyze Borges’ “The Library of Babel” from the concept of heterotopy, in order to resolve the exact relationship between library, space, and knowledge, and its link with Foucault’s archive concept. Finally, we return to Foucault’s “Language to Infinity,” whose commentary on “The Library of Babel” exposes an effective heterotopy formed by a *mise in abyme* of language.

Keywords: Foucault, Borges, Library, Heterotopy.

Juego al estilo de Borges...

M. Foucault, *El orden del discurso*

Pero esos juegos son de Borges ahora y
tendré que idear otras cosas.

J. L. Borges, "Borges y yo"

Introducción

Borges, lector infatigable, decía ser más feliz leyendo que escribiendo. Por ello, es dentro de su destino literario que resulta tan paradójica su ulterior ceguera. En su cuento "La biblioteca de Babel" señala acaso como un presagio que "mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo" (762), lo que ratifica a continuación al garabatear en la tapa de un libro unos "rudos símbolos trémulos" (762), que permiten distinguir la distancia existente entre lo humano y lo divino, si se comparan con las letras del interior. Él, que siempre soñó el paraíso bajo la forma de una biblioteca, irónicamente se vio rodeado de casi un millón de libros al ser nombrado Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires en 1955, cuando ya no podía discernir los caracteres de las páginas. En torno a esta paradoja rondan los primeros versos del "Poema de los dones", en *El hacedor*:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche (198).

En la biblioteca utópica y celestial que juzgó su paraíso se encuentra el bibliotecario de su cuento. La Biblioteca¹ contiene todos los libros: todo lo que se ha escrito, todo lo que se escribirá, todo lo que es posible escribir. Sin embargo, su inimaginable dimensión, producto del conjunto de combinaciones que registran los veinticinco elementos de la escritura en los espacios disponibles del libro, vuelven prácticamente imposible encontrar la más humilde coherencia. De ahí que el sentido de esa biblioteca utópica naufrague en un caos de escepticismo radical. Por eso se conjuran entre sus galerías persecuciones, muertes, actos de higiene, destrucción y barbarie que hacen pensar más bien en una pesadilla que en una tranquila utopía. Sin embargo, quizá sea más preciso conceptualizarla como una heterotopía.

1 En lo que sigue, empleo "biblioteca" para referirme al concepto y "Biblioteca" para indicar la biblioteca del cuento de Borges.

La primera concepción que desarrolla Foucault de la biblioteca es heterotópica, y su lugar de análisis es la conferencia “Espacios diferentes”. La conferencia ahonda en la distinción trazada por el mismo Foucault entre utopía y heterotopía en la “Introducción” de *Las palabras y las cosas*. Si bien ambas son espacios del afuera, la diferencia estriba en que mientras las utopías consuelan, las heterotopías inquietan, porque minan el lenguaje y arruinan la sintaxis, impidiendo la referencia de las palabras a las cosas. Son lugares privilegiados de resistencia que hacen vacilar la distinción milenaria entre lo Mismo y lo Otro. “Espacios diferentes” consta de dos partes principales: una historia del espacio y una analítica del espacio del afuera, la que a su vez se divide en dos secciones: una descripción de la utopía y una heterotopología compuesta por seis principios. El cuarto de ellos inscribe a la biblioteca en un espacio heterotópico de acumulación temporal o heterocronía. El problema que implica la inscripción de la biblioteca dentro de las heterotopías consiste en que el catálogo permite la correcta referencia de las palabras a las cosas, del índice a los libros por medio de las firmas. En consecuencia, la hipótesis que propongo es que esta contradicción interna del texto de Foucault se encuentra ya resuelta en la efectiva heterotopía del cuento de Borges, en su caótica Biblioteca que trastorna todo orden posible del saber mediante la reflexión recursiva de su lenguaje.

Nuestra intención es poner en diálogo a Foucault con Borges en torno al espacio bibliotecario del saber, cuya pesquisa fundamental se da en el inicio de *Las palabras y las cosas*. La contundencia de sus palabras nos exime de buscar referencias ya señaladas en otros lugares. En cualquier caso, este ensayo no tiene por objeto reconstruir unas fuentes positivas y documentales, aun cuando Borges tuvo una injerencia insoslayable en la atmósfera intelectual de Foucault. Desde la publicación en 1951 de *Fictions* –que inauguró la colección «*La Croix du Sud*» de Gallimard, dirigida por Caillois–, su propia traducción de cuatro relatos de *El Aleph* publicada en 1953 con el título de *Labyrinthes*, y la traducción en 1957 de *Otras inquisiciones (1937-1952)* en la misma colección, bajo el título *Enquêtes (1937-1952)*, que marcan la difusión europea de Borges, hasta su recepción en Blanchot, Derrida y Deleuze, prácticamente no hubo intelectual alguno que no estuviera influido por la revolución de su prosa.

Ahora bien, la decisión de no reconstruir positivamente dicho diálogo descansa en el propio concepto de diálogo. Heidegger señala que si tuviéramos que calificar los conocimientos que Kant poseía sobre Platón, estos serían muy deficientes; sin embargo, “Kant, y sólo Kant, transformó creativamente la doctrina de Platón sobre las ideas” (103). El diálogo ocurre más allá de las influencias positivas y las lecturas declaradas. Es la tradición en su conjunto la que puede ser entendida como un gran diálogo. Las siguientes páginas auscultarán una de sus verosímiles posibilidades.

Foucault, las heterotopías y la biblioteca

Aunque Foucault no dedicó ningún texto exclusivamente a Borges –como sí lo hizo, por ejemplo, con las obras literarias de Sade, Flaubert, Verne, Bataille, Blanchot, Rous- sel, o con las obras pictóricas de Velásquez o Magritte–, el argentino parece ser uno de los autores que más influyó en su pensamiento, al punto que fue un breve pasaje sobre una cierta enciclopedia china el que dio nacimiento a *Las palabras y las cosas*, como señala Foucault en su “Introducción”; de la risa que inquieta y trastorna todo lo familiar, haciendo vacilar la geografía que distingue lo Mismo de lo Otro. Foucault cita el pasaje de Borges correspondiente a “El idioma analítico de John Wilkins” de *Otras inquisiciones*. Reproduzco aquel pasaje de la enciclopedia china, en cuyas “re- motas páginas” se señala que:

los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas (91).

La inquietud de Foucault proviene de la imposibilidad de pensar semejante taxonomía. La indagación que realiza inmediatamente lo lleva al lugar más prolífico de la literatura de vanguardia: las aproximaciones insólitas del surrealismo. Recurre en primer lugar a la larga lista de alimañas viscosas que habitan en la boca de Eustenes, quien ya no está en ayuno, por lo que se encontrarán en su saliva “Áspides, Amfisbesnas, Aneru- dutes, Abdesimones, Alatraces, Amobates...” (*Las palabras* 10); luego se refiere a la famosa mesa de disección de Lautreamont sobre la que se encuentran un paraguas y una máquina de coser. Con esta última figura, la estrategia de Foucault es declarada: enfrentar el último avatar de la imagen, que descansa en la teoría de la metáfora, con la figura que utiliza Borges en su enciclopedia. Pero el que no se remita a la traslación que define a la metáfora, ni a la regulación categorial que permite el desarrollo tropo- lógico, ni tampoco a su función semántica o retórica, tiene el propósito fundamental de evadir una discusión que solo puede plantearse en términos metafísicos. Foucault no se remite más que a la descripción arqueológica.

A diferencia de la metáfora o las aproximaciones insólitas del surrealismo, lo monstruoso que no puede ser pensado en la enumeración de Borges es el lugar co- mún que garantiza la posibilidad de la yuxtaposición, como ocurre con la boca de Eustenes y la mesa de disección. “Lo imposible –señala Foucault– no es la vecindad de las cosas, es el sitio mismo en que podrían ser vecinas” (10). El único lugar donde puede plantearse, en cambio, dicha enumeración, es en el espacio de la página que lleva escrito el enunciado, en el no-lugar del lenguaje que lo enuncia. Desaparece el emplazamiento donde los animales podrían enumerarse y yuxtaponerse, y esta des- aparición resulta desenmascarada por la serie alfabética que la enumera: (a), (b), (c),

etc., cuyo hilo conductor es lo único visible, la única prueba de su existencia. Estas aberraciones lingüísticas le permiten concluir a Borges que “notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural” (*Otras inquisiciones* 91), lo que Foucault –sin citar la fuente esta vez– parafrasea escribiendo que “nada hay más vacilante, nada más empírico (cuando menos en apariencia) que la instauración de un orden de las cosas” (*Las palabras* 13). Luego de haber descrito la pulverización del pensamiento milenario de lo Mismo por parte de la famosa enciclopedia china, Foucault insiste en aquello que simboliza China para Occidente:

A esta distorsión de la clasificación que nos impide pensarla, a esta tabla sin espacio coherente, Borges les da como patria mítica una región cuyo sólo nombre constituye para el Occidente una gran reserva de utopías. ¿Acaso en nuestro sueño no es la China, justamente, el *lugar* privilegiado del espacio? Para nuestro sistema imaginario, la cultura china es la más meticulosa, la más jerarquizada, la más sorda a los sucesos temporales, la más apegada al desarrollo puro de la extensión; la soñamos como una civilización de diques y barreras bajo la faz eterna del cielo; la vemos desplegada y congelada sobre toda la superficie de un continente cercado de murallas (12).

Esa fuente inagotable de utopías que es China surca el texto de Borges y trastorna lo Mismo en un desorden incongruente y fragmentario cuyo único orden y ley posible es la de lo heteróclito; esto le permite a Foucault realizar el primer esbozo de lo que sería una analítica del espacio del afuera, mediante una descripción de la utopía y la heterotopía. La función principal de las utopías es consolar pues, aunque no existan, despliegan un lugar fabuloso: “ciudades de amplias avenidas, jardines bien dispuestos, comarcas fáciles, aun cuando su acceso sea quimérico” (11). Las heterotopías, en cambio, inquietan “porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmarañan, porque arruinan de antemano la ‘sintaxis’, y no sólo la que construye las frases: también aquella menos evidente que permite ‘mantenerse juntas’ (lado a lado y frente a frente unas y otras) las palabras y las cosas” (11).

Mientras que las utopías favorecen las fábulas, por medio del lenguaje en que son expuestas, las heterotopías “desatan los mitos y vuelven en esterilidad el lirismo de las frases” (12). Son las heterotopías las que habitualmente se encuentran en la obra de Borges. Es la metonimia, que relaciona elementos por sus puntos colindantes o bien los yuxtapone del todo, aquella figura del discurso que releva a la metáfora y que opera en la heterotopía. La arqueología del espacio que desarrolla Foucault en “Espacios diferentes” –conferencia dictada en 1967– subyace a todo el desarrollo de *Las palabras y las cosas* –publicado un año después–, pues su distinción entre utopía y heterotopía permite describir el divorcio entre palabras y cosas que inaugura nuestra modernidad.

Aquella arqueología del espacio parte del principio de que vivimos en la época del espacio y consta de dos partes: un esbozo de la historia del espacio desde el Medioevo hasta el presente y una analítica de los espacios sin lugar. Entre ambas –la historia y la analítica– existe una dinámica que Foucault no explota a cabalidad, y en la que ahondaremos más adelante. Los momentos fundamentales de la historia del espacio son tres: la localización, la extensión y el emplazamiento. La localización fue el espacio que reinó en la Edad Media, distinguiendo un orden jerarquizado de lugares, a saber, el microcosmos y el macrocosmos, del que Dios era trasunto y fundamento. La semejanza era la forma y la condición del conocimiento, mientras que la signatura, la marca que permitía reconocer el múltiple juego de la semejanza entre las palabras y las cosas, en cuyo espacio podía leerse el libro abierto del mundo.

El descubrimiento de Galileo, para Foucault, no estriba tanto en haber restablecido que la Tierra giraba alrededor del Sol como en haber constituido un espacio infinito en el cual ya no cabía la distinción anterior; por lo tanto, tampoco cabía el lugar de Dios en el universo, puesto que el lugar de una cosa es solo un punto de su movimiento y no el de su reposo. Este espacio extenso, que luego Descartes describirá como regular, isótropo, continuo y abstracto, reemplazará al espacio medieval de la localización.

Sin embargo, en nuestros tiempos, y por una incidencia notoria de la tecnología de la información y la comunicación, que ha abierto canales insospechados y niveles de almacenamiento incuantificables, es el emplazamiento el que ha relevado a la extensión. “El emplazamiento –dice Foucault– se define por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos; formalmente es posible describirlos como series, árboles, cuadrículas” (“Espacios diferentes” 1060). Desde una perspectiva humana, el emplazamiento, que puede definirse más concretamente en términos demográficos, plantea “el problema de saber qué relaciones de vecindad, qué tipo de almacenamiento, de circulación, de localización, de clasificación de los elementos humanos se deben mantener preferentemente en tal o cual situación para alcanzar tal fin” (1060).

Queda por estudiar el espacio del afuera, dado que vivimos “en el interior de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles unos a otros” (1061), pero especialmente aquellos que se relacionan con todos los demás emplazamientos, “de tal modo que suspenden, neutralizan o invierten el conjunto de las relaciones que, a través suyo, se encuentran designadas, reflejadas o pensadas” (1062). Estos emplazamientos que se vinculan con todos los demás y a su vez los contradicen son dos: la utopía y la heterotopía. Frente al comportamiento del lenguaje en una y en otra en *Las palabras y las cosas*, este texto se remitirá exclusivamente al espacio. Las utopías son entonces “emplazamientos sin lugar real” (1062). Mantienen con el espacio real una relación de inversión o analogía que permite el plácido consuelo en que se extiende la razón especuladora sin límite alguno. Pero están también las heterotopías, que son lugares de resistencia a la razón:

una especie de contraemplazamiento, una especie de utopías efectivamente realizadas en las que los emplazamientos reales, todos los demás emplazamientos

reales que es posible encontrar en el interior de la cultura están a la vez representados, impugnados e invertidos, son una especie de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque son efectivamente localizables (1062).

Se podría realizar una descripción sistemática de las heterotopías. Esta descripción la llama Foucault heterotopología y consta de seis principios. Su primer principio es que no existe una cultura sin heterotopías. El segundo es que pueden cambiar de función con el paso del tiempo. El tercero señala que la heterotopía puede yuxtaponer en un solo lugar varios espacios, mientras sean emplazamientos entre sí, como el teatro –que reúne una serie de espacios ajenos–, el jardín o los tapices. Cuarto principio: están ligadas a períodos de tiempo que reúnen los distintos emplazamientos, permitiendo aperturas heterocrónicas distintas al tiempo cronológico habitual. Existen unas de acumulación y otras de pérdida del tiempo. Dos clases de heterotopías del tiempo de acumulación son los museos y las bibliotecas. El quinto principio consiste en que cada heterotopía supone un mecanismo particular de apertura y cerrazón, que la aísla a la vez que sigue siendo penetrable. El sexto consiste en crear una ilusión de realidad que descubre como ilusorio todo espacio real. Esa fue la función de los burdeles hoy perdidos y el de algunas colonias. El barco, lugar que al desplazarse no se localiza en ningún lugar, que viaja de colonia en colonia, de burdel en burdel, encarna la heterotopía por excelencia. Dado el objeto de nuestro ensayo, además del tercer principio, nos interesa el cuarto. La descripción de Foucault amerita una transcripción completa:

Museos y bibliotecas son heterotopías en las que el tiempo no deja de amontonarse y de encaramarse a la cima de sí mismo, mientras que en el siglo XVII, incluso hasta finales del mismo, los museos y las bibliotecas eran la expresión de una elección individual. En cambio, la idea de acumularlo todo, la idea de constituir una especie de archivo general, la voluntad de encerrar en un lugar todos los tiempos, todas las épocas, todas las formas, todos los gustos, la idea de constituir un lugar de todos los tiempos que esté por sí mismo fuera del tiempo y sea inaccesible a su mordedura, el proyecto de organizar así una especie de acumulación perpetua e indefinida del tiempo en un lugar que no cambie de sitio, todo eso pertenece a nuestra modernidad. El museo y la biblioteca son heterotopías propias de la cultura occidental del siglo XIX (1065).

Siglos y siglos de la memoria de los hombres se conservan en los anaqueles de las bibliotecas. Su principio es la acumulación y sus volúmenes componen el corpus selecto de la tradición que logra ingresar a sus muros. Desde una perspectiva etnocéntrica, el sujeto se reconoce allí en la memoria de una tradición, que legitima lo que es y cuya autoridad se mantiene, como dice Morey, en un “proyecto único, unitario, de ordenación de nuestra cultura” (192).

Si en un momento la ciencia aspiró a una clasificación del universo que no fuera arbitraria ni conjetural bajo un principio unificador, la biblioteca revela todas las ar-

bitrariades del saber; no por lo disímiles de sus volúmenes, sino por lo conjetural que se nos revelan sus clasificaciones: teología, filosofía, biología, etc. Si no hace un siglo atrás, hoy estas clasificaciones sí nos parecen del todo cuestionables, y nadie se escandalizaría mayormente si descubriera que después de Heidegger vienen los volúmenes de Hölderlin. Situación que esclarece Morey: “La biblioteca desaparece, está desapareciendo, ha desaparecido tal vez en cuanto *corpus* organizado de nuestra tradición –se nos dice. En adelante, cada uno puede ordenarse la biblioteca como quiera, cada uno debe ordenar la biblioteca como pueda” (189-90). La palmaria pérdida de su autoridad nos instala en un espacio posbibliotecario del saber.

Pero para evitar cualquier polémica o búsqueda frustrada, la biblioteca precisa de una clasificación que distribuye a los libros según criterios particulares: materia, lengua, época, orden alfabético del autor y del título; luego se les estipula una signatura particular que permite reconocerlos en un catálogo general. Independientemente de la organización de nuestra biblioteca, nada impide su consignación por medio de un catálogo. La conservación del saber que la biblioteca organiza y distribuye permite la descripción de la cuarta característica de la heterotopología únicamente a costa de la tercera: esto es, la yuxtaposición de espacios, pues sin la *extensión* de sus anaqueles y galerías y sin un sistema riguroso de signaturas, toda referencia del catálogo carecería de *localización*.

Según Foucault, las heterotopías son inquietantes. Cabe preguntarse si alguien se siente inquieto en una biblioteca, a menos que no sepa utilizarla. Si se critica que el cuarto principio de la heterotopología podría ser extraído en beneficio de la inclusión de la biblioteca en ella, entonces se puede responder que el tercero –que permite yuxtaponer en ella un lugar extenso de organización y distribución con otro de localización– provocaría la misma inquietud, cuando no es así. Aun cuando la organización de la biblioteca sea arbitraria y conjetural en la división de las disciplinas o en la disposición de sus volúmenes, su sistema de clasificación y sus signaturas permiten la eficiente orientación del investigador.

¿Cómo concebir entonces un espacio bibliotecario del saber que impida nombrar esto y aquello, que arruine la referencia de las palabras a las cosas, del catálogo a los libros, en lo que consistiría precisamente una concepción heterotópica de la biblioteca? ¿Así expuesto, no es acaso contradictorio el cuarto principio de las heterotopías respecto a su función principal de inquietar y minar secretamente el lenguaje?

“La biblioteca de Babel”: la heterotopía

Precisamente dentro del ámbito de la extensión define Borges el libro, como “una extensión de la memoria y la imaginación” (*Borges, oral* 171). Si este autor siempre declaró que el tiempo era el tema fundamental de la metafísica, existe en su literatura una orientación, una regularidad discursiva que está dominada por la figura –antes

descrita— de la metonimia, la que configura el espacio heterotópico poniendo en tensión los fundamentos que la tradición metafísica creía más sólidos, menos cuestionados. La tensión del pensamiento que despliega la reflexión de los recursos narrativos sugiere cierta relevancia del espacio por sobre la dimensión temporal. Un cuento en particular reflexiona sobre el problema del espacio más que ninguno y, justamente, a partir de la noción de biblioteca: “La biblioteca de Babel”.

Borges redactó el cuento mientras trabajaba en la Biblioteca Miguel Cané del sur de Buenos Aires, en una situación de profunda amargura por lo modesto y desordenado de la biblioteca. Durante la clasificación de los libros, realizada según el sistema del Instituto Bibliográfico de Bruselas, Borges trató de realizar un ejercicio literario al estilo de Kafka pues, según él, el desorden permaneció inalterable. Aunque “La biblioteca de Babel” es un cuento fantástico, se deslizan en sus páginas datos reales, como las labores de bibliotecario de su autor y las cifras que especifican los números de los anaqueles. Sus fuentes principales son tan disímiles como Leucipo, Lasswitz, Carroll y Aristóteles.

La acción del cuento es relativamente sencilla. El personaje narra en una epístola su vida en la Biblioteca antes de morir. Describe con sucinta minuciosidad la arquitectura hexagonal del espacio, los hitos fundamentales de la Biblioteca, sus interpretaciones teológicas y filosóficas, la teoría combinatoria que componen sus volúmenes, las creencias sobre el “libro total”, una teoría sobre la posibilidad y, finalmente, las disquisiciones sobre lo infinito, lo indeterminado y su caótica periodicidad.

Sabemos por el narrador también que abandonó, en su juventud, su hexágono natal buscando “el catálogo de catálogos” (*Ficciones* 761); que los hombres de la biblioteca emprenden viajes en busca de aquel libro u otro no menos mágico; que hubo enfrentamientos durante la búsqueda de las Vindicaciones; que existen numerosos idiomas que dominan descifradores ambulantes y otros que son inextricables; que existen autoridades, buscadores oficiales o inquisidores y sectas; que furores ascéticos eliminaron millares de libros absurdos; que existe el “Hombre del Libro” (765), quien leyó el libro total y es análogo a un dios; que ese libro justifica a la Biblioteca; que hoy se vive en un mundo de barbarie donde jóvenes idolatran libros en los que no reconocen una sola palabra; que las epidemias, las migraciones y los suicidios han diezmando la población humana, que está por extinguirse.

Todo el desarrollo de la acción está contenido en aquellas galerías hexagonales. Al medio de cada una de ellas hay un pozo de ventilación que cercan unas barandas bajísimas. Desde él pueden verse todos los otros pisos, interminablemente. Todas sus caras, excepto dos, están cubiertas por veinte anaqueles, a cinco anaqueles por lado; el alto de cada piso excede apenas la altura de un bibliotecario. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería, idéntica a la anterior. A izquierda y derecha del zaguán hay dos gabinetes: uno permite dormir de pie; el otro satisfacer las “necesidades finales”. Por ahí pasa una escalera en espiral que conecta todos los pisos y también hay un espejo. Dos lámparas transversales penden en cada hexágono, cuya luz es “insuficiente, incesante” (761).

Cada anaquel contiene treinta y dos libros del mismo formato: cada uno de cuatrocientas diez páginas; cuarenta renglones por página; cerca de ochenta letras negras por renglón. También hay letras en el dorso del libro, que no prefiguran el contenido de su interior. De todos los hexágonos que administra el narrador, sus mejores volúmenes se titulan: *Trueno peinado*, *El calambre de yeso* y *Axaxaxas mlö*.

Luego de que el narrador ha formulado estos principios, y antes de entregarlos su propia teoría de la Biblioteca, expone los axiomas que ha desarrollado sobre ella la filosofía. Aunque Borges no habla de “filosofía”, la alude cuando dice que su “descubrimiento, a pesar de sus trágicas proyecciones, es quizá el hecho capital de la historia” (762). El “hecho capital de la Historia” (*Atlas* 452) es narrado en el breve relato postrero “El principio” de *Atlas*: allí conversan Sócrates y Parménides “libres del mito y la metáfora”, dando nacimiento a la filosofía. El primer principio consiste en que: “La Biblioteca existe *ab aeterno*” (*Ficciones* 762), de donde se deriva inmediatamente “la eternidad futura del mundo”. Mientras el hombre puede ser hijo “del azar o de los demiurgos malévolos”, la Biblioteca solo puede ser obra de un dios.

Resulta plausible encontrar, con todas las precauciones necesarias, cierta reminiscencia del espacio medieval de la localización en este axioma. Pues si el mundo del Medioevo tenía, temporalmente, un principio en la Creación y un Apocalipsis en advenimiento, la idea de mundo carecía de límites. Fue el descubrimiento de Colón aquello que permitió conocer su circunvalación y finitud. Por otra parte, era justamente en ese espacio lejano donde se podía localizar un macrocosmos en que residía Dios y cuyos signos –los astros– estaban, por una serie compleja de semejanza, en correspondencia con los signos terrestres del microcosmos; esos eran los signos que el conocimiento, hermenéutica y semiótica a la vez, interpretaba y leía (Foucault, *Las palabras* 47-8). En el acápite “Los límites del mundo” del primer capítulo de *Las palabras y las cosas*, Foucault, examinando la episteme que configuró el saber del siglo XVI, concluye que: “Por doquier existe un mismo juego, el del signo y lo similar, y por ello la naturaleza y el verbo pueden entrecruzarse infinitamente, formando, para quien sabe leer, un gran texto único” (52). La infinitud semiótica y hermenéutica del mundo, donada por la distinción entre micro y macrocosmos, permite sostener, en el cuento de Borges, un espacio de la localización que distingue la Biblioteca o microcosmos de su dios creador, quien habita, por el principio de no contradicción, fuera de ella, en un macrocosmos.

El segundo axioma sostiene que “el número de símbolos ortográficos es veinticinco” (Borges, *Ficciones* 762). Más adelante se detalla su composición, añadiendo que este axioma es la ley fundamental de la Biblioteca: “todos los libros, por diversos que sean, constan de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto” (763). El mismo bibliotecario de genio que lo enunció observó que: “No hay, en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos” (764). Y a continuación deriva el colario que se sigue de aquello:

De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos signos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basíledes, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito (764).

Antes de detenernos en el contenido de la Biblioteca, vale la pena analizar la naturaleza de su espacio a partir del segundo axioma, pues introduce un sutil arreglo al espacio del primer axioma. Mientras este postulaba la eternidad de la Biblioteca, lo que implicaba a su vez la existencia de un espacio medieval de la localización, al postular un dios externo a ella y la lectura infinita del mundo, el segundo axioma postula que los elementos de la biblioteca son definidos (veinticinco) y sus posibilidades combinatorias son determinadas (finitas). Del segundo axioma se deriva entonces, necesariamente, la finitud del mundo; es decir, se trata del espacio moderno de la extensión. Allí, el lugar del mundo es un punto de su órbita que surca por el espacio infinito, en donde el macrocosmos ya no tiene cabida. Una filtración de realidad permite afirmar este hecho. Apenas ha expuesto este axioma, el narrador habla de un libro que vio su padre en el hexágono “del circuito quince noventa y cuatro”, que constaba de las letras M C V. En *The Structure of the Stories of J. L. Borges*, Borges le dice a Irvy en una conversación que, si bien “La biblioteca de Babel” es un cuento fantástico, “contiene unos datos muy precisos, sin justificación dentro del relato, que se refieren a la biblioteca donde yo trabajaba: aquellas cifras que especifican el número y la colocación de los anaqueles, por ejemplo” (cit. en Fernández Ferrer 195).

Sin embargo, tenemos derecho a dudar del testimonio de Borges, pues recuerda algo sin importancia, cosa que no ocurre en la vida real. Propongo otra lectura: esos caracteres existían en la Biblioteca Miguel Cané y Borges los recuperó para su cuento. A su vez, el hecho de que los recordara en su conversación con Irvy se debe a que no eran triviales, o lo eran en la biblioteca donde trabajaba y clasificaba los libros según el “absurdo” sistema de Bruselas, y quiso corregirlo en su cuento, en el orden delirante de su cuento: esas siglas significan algo. Así parece sugerirlo otro hecho: que en la “Postdata de 1952”, añadida al “Epílogo” de *El Aleph*, Borges recuerda que del sistema de Bruselas lo olvidó todo, excepto que a Dios le correspondía la cifra 231 (934). Leonardí, en *Borges, libro-mundo y espacio-tiempo*, propone que Borges se refiere con ese número a la última década del siglo XVI, un período histórico definido que marca –si

bien dentro de una trama compleja– no la fecha exacta –pues el texto opera dentro de una camuflaje de coordenadas–, pero sí un momento preciso de cambio de episteme, del nacimiento de una ciencia que formula Galileo:

El año 1594 puede representar, pues, una especie de unidad indicial que remite al nacimiento de la ciencia moderna, a la metáfora del *Liber Naturae*, a la increíble conquista intelectual que, desde el punto de vista metodológico, las teorías de Galileo han representado, a las ambigüedades gnoseológicas que en ellas subyacen, a los terrores de la Inquisición y al oscuro laberinto –acerca del cual el mismo Galileo escribe–, mal metafísico, espacio topológico y metáfora del universo (33).

Parecieran centellar en la Biblioteca los dos primeros momentos de la historia del espacio. Primero el de la localización, luego el de la extensión. La forma en que ambos espacios se conservan y coexisten es compleja. Se habló más arriba de una creencia mística (medieval, podríamos decir) de la “cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo, que da toda la vuelta de las paredes [...] Ese libro cíclico es Dios” (Borges, *Ficciones* 762). Pero luego de que se estableció el segundo axioma de la Biblioteca, si bien no dejaron de existir las sectas y las persecuciones inquisidoras, ocurrió una extraña emergencia de la subjetividad. Tras descubrirse que la Biblioteca abarcaba todos los libros, “los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto” (764), pues no había problema que no tuviera su solución en algún hexágono. La Biblioteca estaba justificada, ya que el segundo principio había hecho vacilar la firme localización de Dios en el macrocosmos; esto es, el fundamento trascendente de la existencia humana: “En aquél tiempo se habló mucho de las Vindicaciones: libros de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir” (764). Lamentablemente, aquellos peregrinos, entre muertes, maldiciones y destrucciones inmensas de libros inútiles arrojados al vacío, olvidaron “que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna pérfida variación de la suya, es computable en cero” (764). Sólo el olvido de la finitud subyace a esos furores ciegos de la subjetividad. En “La esfera de Pascal” volverá Borges sobre este hecho. Cuando Giordano Bruno publicó en 1584 *De la causa, principio y uno*, exaltó la liberación del hombre tras la rotura de las bóvedas celestes, pero “setenta años después, no quedaba un reflejo de ese fervor y los hombres se sintieron perdidos en el tiempo y el espacio” (*Otras inquisiciones* 17). Probablemente esta sea la fecha indicial a la que refería Borges en el circuito del hexágono 1594.

El hecho de que la posibilidad de encontrar la propia vindicación sea nula constituye un dato insoslayable, pues según los cálculos que obtiene Goldbloom Bloch en *The Unimaginable Mathematics of Borges' Library of Babel* a partir de la posibilidad total de combinación de los veinticinco caracteres en los espacios disponibles del libro y su dorso, la mera totalidad de libros bastaría para llenar tres veces el espacio de nuestro universo. Para acercarse a una idea de lo que esto significa, señala que

la luz necesita quince billones de años para atravesar nuestro universo. Un hombre vigoroso que recorriera 100 kms. diarios por un período de 100 años recorrería algo menos que lo que recorre la luz en dos minutos. De ahí su conclusión: “*El número de libros de la Biblioteca, aunque es fácilmente notable, es inimaginable*” (22).

Borges era consciente de lo inconcebible de las cifras que podían ser computadas, y nada indica que esa no fuera su intención: “Afirman los impíos que el disparate es normal en la Biblioteca y que lo razonable (y aun la humilde y pura coherencia) es una casi milagrosa excepción. Hablan (lo sé) de ‘la Biblioteca febril, cuyos azarosos volúmenes corren el incesante albur de cambiarse en otros y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden como una divinidad que delira’” (*Ficciones* 766). Aunque esta teoría es discutida por el narrador, no dejan de ser menos inquietantes sus argumentos:

No puedo combinar unos caracteres *dhcmrlchtdj* que la divina Biblioteca no haya previsto y que en alguna de sus lenguas secretas no encierren un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores; que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios. Hablar es incurrir en tautologías (766).

Podemos volver ahora un poco hacia atrás y cuestionar la idea de que la biblioteca es aquel espacio extenso en que se acumula, organiza y distribuye el saber. ¿Podemos tomar un libro cualquiera de la Biblioteca y leer o intentar leer siquiera algo? O aun más, ¿podemos tomar alguno de los tomos con más coherencia dentro de los hexágonos que administra el narrador del cuento, como aquel que dice en su dorso *Axaxaxas mlö*, y esperar encontrar una “humilde y pura coherencia” (766)? Aunque encontráramos el famoso “catálogo de catálogos”, ¿cómo localizaríamos esos libros perdidos en la bastedad insondable?

No es posible abordar siquiera una de estas preguntas sin remitirnos primero al título del relato: “La biblioteca de Babel”, y poner el acento, antes que en “biblioteca”, en el mito de Babel, lo suficientemente conocido como para tener que volver aquí sobre las líneas del *Génesis*. La lengua con que Adán nombró a las cosas y a los seres en el paraíso conservaba en sus signos la correcta idea de la cosa referida. Ese lenguaje lo heredaron los hombres, que en Senaar, el hebreo de Babilonia, se propusieron crear una ciudad y una torre que llegara a la cúspide de los cielos (el macrocosmos). Al ver Yahveh la construcción de los hombres, confundió su lenguaje para que no pudieran entenderse entre ellos, y entonces se esparcieron por toda la faz de la tierra. Sólo el hebreo conserva en su espesor la reminiscencia de aquella *Ursprache*, como señala Duret en *Trésor de l’histoire des langues*: “Así, la cigüeña, tan alabada por su caridad hacia sus padres y madres, se llama en hebreo *chasida*, es decir, ‘mansa’, ‘caritativa’, ‘piadosa’...” (cit. en Foucault, *Las palabras* 54).

Por la proliferación de las lenguas, d’Ors y la literatura en general han entendido que Babel es el “símbolo eterno de la dispersión” (68), por lo que ya no parece ser ese espacio uniforme y extenso de las galerías hexagonales de la Biblioteca donde está

organizado y distribuido el saber, dispuesto a su localización, sino el lugar –dadas sus magnitudes inimaginables– donde el saber está disperso. La Biblioteca no es el lugar donde se pueden aclarar los enigmas de nuestras investigaciones científicas, que cotejamos con tranquilidad en sus seguros muros, sino más bien es un emplazamiento que impugna a todos los otros, el último avatar de la historia del espacio que describían los “impíos” al hablar de “la Biblioteca febril” que todo lo afirma y niega “como una divinidad que delira”, y cuya dinámica específica es la de una heterotopía.

El primer problema que se asoma a la concepción heterotópica de la Biblioteca consiste en la determinación del estatuto del saber, que en su dispersión carece de localización posible. Si en la Biblioteca se encuentra todo lo que es dable expresar, cabe preguntarse en segundo lugar por el sentido de la expresión. Con respecto al primer problema, se puede apreciar el sutil proceso textual por el que, mediante una proliferación de doctrinas, unas se confunden con otras e impiden su correcta identificación, y que no tienen más fin que hacer emerger el recurso estético del lenguaje por el que discurren esas doctrinas. Un confuso libro descubierto hace quinientos años fue analizado por distintos intérpretes ambulantes; antes de un siglo se estableció el risible idioma: “un dialecto samoyedo-lituano del guaraní, con inflexiones del árabe clásico” (*Ficciones* 763). Y su contenido, no menos singular: “nociones de análisis combinatorio, ilustradas por ejemplos de variaciones con repetición ilimitada” (763).

Ya que no hay una sílaba que no conjure ternuras y temores de lenguajes arcanos, el narrador introduce una digresión del todo pertinente que permite observar la emergencia recursiva del lenguaje una vez que su función expositiva ha sido pulverizada por la ironía: “Un número n de lenguajes posibles usa el mismo vocabulario; en algunos, el símbolo *biblioteca* admite la correcta definición *ubicuo* y *perdurable sistema de galerías hexagonales*, pero *biblioteca* es *pan* o *pirámide* o cualquier otra cosa, y las siete palabras que la definen tienen otro valor. Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?” (767). Los sistemas lingüísticos alternativos según los cuales “biblioteca” puede corresponder a “pan” o “pirámide” manifiestan la relación aleatoria entre significante y significado. Ya que el pan es un producto de la labor destinado a la satisfacción de una necesidad biológica, la pirámide, que connota lo eterno e inmutable, constituye su antípoda. La antigua concepción del *Liber Naturae* permitiría leer por medio de la semejanza la escritura del macrocosmos en la naturaleza como si fuera un libro abierto, la semejanza era la rúbrica inmanente de la escritura. A partir de la emergencia recursiva del lenguaje no existe, podemos concluir ahora, vínculo alguno entre palabra y cosa, entre signo y referente.

La expresión total es idéntica a la anomia del lenguaje. En su exterioridad, nada puede ser nombrado, salvo el propio lenguaje que se nombra a sí mismo en su espacio de dispersión. La concepción tradicional de la expresión consiste en una interioridad que es externalizada. Esa interioridad, cuando es expresada en el lenguaje, traduce un significado por medio de un conjunto de signos. Es decir, la expresión descansa completamente en la inteligibilidad de los signos, del medio por el que es comuni-

cado un significado. El valor expositivo del lenguaje depende de su subordinación al significado, de la claridad con la que es expuesta la idea, de su transparencia como medio. Pero cuando perdemos la certeza de entender el lenguaje del narrador y afirmamos que *dhcmlrhtdj* constituye un enunciado en algún lenguaje, lo expresado por la expresión deja de ser evidente y solo oímos ruido. La materialidad del lenguaje impide la comprensión transparente del significado. Estos síntomas, que anuncian la convalecencia de una expresión sin interioridad, se agravan al considerar que la ingenua esperanza de dar con cualquier obra es “computable en cero”. Entonces la expresión, sin interioridad ni signo vital, yace exánime en el espacio externo del lenguaje. El lenguaje que expresa un saber, organizado y distribuido en la biblioteca, se halla disperso en la Biblioteca, que no es más que la exterioridad del lenguaje.

Borges –queda demostrado– ilustra con la Biblioteca el proceso por el que el lenguaje adquiere una densidad material que impide referir a las cosas y, por ende, orientar dentro de la tradición. De esta manera reflexiona alegóricamente el proceso por el que la autoridad y el sentido de la biblioteca entran en caducidad. El agotamiento de la institución bibliotecaria, de su organización y sistema de referencias nos instala, como dijimos, en la etapa de la posbiblioteca. Lo que aparece cuando desaparece la biblioteca es el archivo, que es su fragmentación y dispersión.

Foucault es quien propone la primera formulación propiamente filosófica del archivo, que es “la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares” (*La arqueología* 170). Es el sistema de la enunciabilidad de los discursos, que coordina su funcionamiento al interior de las disciplinas. El archivo permite atender al enunciado en su inmanencia, esto es, sin la legitimación de un sujeto que lo enuncia y sin la referencia a un orden de cosas. El enunciado es la unidad atómica del discurso y su ley consiste en la rareza. La atención al enunciado en su materialidad permite hacer de la biblioteca un archivo, lo que se traduce en transitar desde el pensamiento del sujeto de la metafísica a un habla dispersa del archivo, desde un régimen aristocrático de exclusión a uno inclusivo de exhaustividad.

El archivo se trata, en palabras de Morey, “de un cuerpo de procedimientos de lectura que se desprenden de considerar la biblioteca como un campo abierto y no como el esqueleto fundamental, esencial, de las obras limitadas que todo hombre culto debe conocer. Se trata en definitiva de extender este campo centrado y selecto, abriéndolo a un campo virtualmente inagotable” (194). Pero Foucault toma la precaución de no confundir nunca al archivo con la biblioteca, especialmente con la Biblioteca del cuento de Borges, la que al parecer tiene en mente cuando afirma que el archivo “no tiene el peso de la tradición, ni constituye la biblioteca sin tiempo ni lugar de todas las bibliotecas” (*La arqueología* 171).

La naturaleza laberíntica que el saber tiene en nuestros días es contrarrestada con el carácter “controlado” de la investigación. Sin embargo, Borges piensa el laberinto en su forma más sencilla, como un espacio sin “externo muro ni secreto centro” (*Elogio*

de la sombra 390). Un quiasmo resume finalmente el doble proceso metonímico de su literatura en que el centro es externalizado y el exterior es internalizado. El dictamen clásico de la Biblioteca reza así: “*La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible*” (*Ficciones* 762).

Conclusión

En su límite, los opuestos se identifican y se anulan. La anomia es el resultado de querer decirlo todo. La expresión total posee el mismo valor que el silencio. Los místicos lo saben. La clasificación de los animales que incluye su propia clasificación engendra un conjunto de paradojas que son consustanciales al lenguaje que la enuncia. La biblioteca que contiene a todas las bibliotecas es el eco duradero de una estrategia antigua: Homero pone en boca del aedo el canto de Ulises que este escucha, haciéndolo personaje de su propia historia. Y lo mismo ocurre con la noche central de *Las mil y una noches* que duplica al vértigo la totalidad de las noches hasta el infinito, cuyo efecto es superficial “como una alfombra persa” (Borges, *Otras inquisiciones* 49). Operaciones análogas son las que encontramos también en *El Quijote* y *Hamlet*, que representan su propia representación en el espejo de la obra. La capacidad reflexiva del lenguaje sobre sí mismo es el índice ontológico fundamental que despliega la literatura ante la muerte.

En un texto anterior a “Espacios diferentes”, “El lenguaje al infinito” de 1963, Foucault señala que “en este sentido, la muerte es, sin duda, el accidente más esencial del lenguaje (su límite y su centro)” (“El lenguaje” 162). Parece ser este un comentario casi textual al cuento de Borges, o al menos se ajusta por completo a sus palabras. Dice Borges allí, en boca del narrador: “Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída, que es infinita” (*Ficciones* 761-2). Al final del texto, y tras comentar el cuento de Borges, Foucault opone el lenguaje de la retórica al de la biblioteca. El primero procede por la distinción de dos palabras: una muda, indescifrable, absoluta y otra charlatana, por la que el hombre, en su finitud, según unas reglas y unos juegos, revela la densidad de la primera. La biblioteca define, sin embargo, el espacio de nuestro lenguaje:

Hoy el espacio del lenguaje no está definido por la retórica, sino por la biblioteca: por el encabalgamiento hasta el infinito de los lenguajes fragmentarios, que sustituye la cadena doble de la retórica por la línea simple, continua, monótona de un lenguaje entregado a sí mismo, de un lenguaje que está consagrado a ser infinito porque ya no puede apoyarse sobre la palabra del infinito. Pero que encuentra en sí mismo la posibilidad de duplicarse, de repetirse, de dar nacimiento al sistema vertical de los espejos, de las imágenes de sí mismo, de las analogías (“El lenguaje” 170).

Aquí encuentra su origen la literatura, en la palabra que se dice a sí misma cuando el narrador se abisma en el espacio infinito del lenguaje. Este *mise en abyme* con que Foucault interpreta el cuento de Borges de alguna forma corrige la versión torcida de la biblioteca que introducirá posteriormente en “Espacios diferentes”. Según el principio desbaratador del lenguaje, no se puede incluir a la biblioteca dentro de la heterotopía, pero sí el lenguaje del cuento de Borges, donde no se configura un espacio de acumulación, organización y localización del saber, sino un espacio heterotópico de su dispersión.

Una última consideración sobre la relación de la biblioteca heterotópica de Borges con el archivo, específicamente en Derrida. Mientras que para Foucault el archivo no es el lugar de consignación de nuestra memoria, sino la reescritura del pasado, Derrida deja abierto en primer lugar el concepto de archivo al porvenir. Derrida sostiene que el archivo no está nunca completo, de la misma forma que para Foucault el archivo no es describible en su totalidad. El archivo acontece en su registro, en su posibilidad de secreto y destrucción, por lo que siempre trabaja contra sí mismo. La consignación archivística coordina en un corpus sincrónico la unidad ideal de sus elementos, que reúne tanto a la *hypómnema* (suplemento mnemotécnico) como a la *mnémé* o *anámnesis* (memoria viva).

Pero es la experiencia política de los medios de comunicación la que modifica radicalmente nuestro concepto de archivo a partir del *e-mail* y del internet. El archivo virtual, vinculado a la red, adquiere, como señala Guasch, un “índice temporal” (163) y una “naturaleza espectral” (167), por lo que queda reducido a su condición inmaterial, desde cuyo devenir debe pensarse el archivo en su exterioridad. El espacio del afuera sin “externo muro ni secreto centro” de la biblioteca de Borges es inquirido por el archivo en Derrida: “Mas ¿dónde comienza el afuera? Esta cuestión es la cuestión del archivo. Sin duda, no hay otra” (16).

Estas reflexiones plantean un modo de lectura análogo al aquí desarrollado. Este consistiría en visitar la tradición desde sus grietas y fragmentos para formular un concepto de archivo –que es la exigencia de Derrida– a partir de la crisis de la biblioteca sobre la que reflexiona Borges en su cuento y su anticipación de la web, cuyas dimensiones, al igual que la Biblioteca delirante, son “inimaginables”. En otras palabras, habría que leer a Derrida desde las anticipaciones presentes en la literatura de Borges.

Referencias

- Borges, J. L. “El principio”. *Atlas. Obras completas 3*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 452. Impreso.
- . “Laberinto”. *Elogio de la sombra. Obras completas 2*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 390. Impreso.

- . "La biblioteca de Babel". *Ficciones. Obras completas 1*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 761-767. Impreso.
- . "La esfera de Pascal". *Otras inquisiciones. Obras completas 2*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 16-18. Impreso.
- . "Magias parciales del Quijote". *Otras inquisiciones. Obras completas 2*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 48-50. Impreso.
- . "Poema de los dones". *El hacedor. Obras completas 2*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 198-199. Impreso.
- . "Postdata de 1952" [al "Epílogo" de *El Aleph*]. *Obras completas 1*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. 934. Impreso.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta, 1997. Impreso.
- D'Ors, Eugenio. *Lo barroco*. Madrid: Tecnos/Alianza, 2013. Impreso.
- Fernández Ferrer, Antonio. *Ficciones de Borges. En las galerías del laberinto*. Madrid: Cátedra, 2009. Impreso.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010. Impreso.
- . *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011. Impreso.
- . "El lenguaje al infinito". *Obras esenciales*. Madrid: Paidós, 2013. 161-170. Impreso.
- . "Espacios diferentes". *Obras esenciales*. Madrid: Paidós, 2013. 1059-1067. Impreso.
- Goldbloom Bloch, William. *The Unimaginable Mathematics of Borges' Library of Babel*. New York: Oxford University Press, 2008. Impreso.
- Guasch, Anna Maria. *Arte y archivo, 1920-2010*. Madrid: Akal, 2013. Impreso.
- Heidegger, Martin. *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta, 2008. Impreso.
- Leonardi, Emanuele. *Borges, libro-mundo y espacio-tiempo. Episteme científica y creación literaria*. Buenos Aires: Biblos, 2011. Impreso.
- Morey, Miguel. *Escritos sobre Foucault*. Madrid: Sexto piso, 2014. Impreso.

Recibido: 12 noviembre 2014

Aceptado: 07 septiembre 2015